



FRAY IGNACIO MARIÑO

(Coronel y Capellán General del Ejército)

Brigadier General **ROBERTO TORRES QUINTERO**

Con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Independencia de la Provincia de Tunja, el Señor Brigadier General Roberto Torres Quintero pronunció el siguiente discurso, al inaugurar en el puente de Boyacá el busto del Coronel Fray IGNACIO MARIÑO, acto con que las Fuerzas Militares contribuyeron a la exaltación de la fecha en homenaje al prócer granadino.

Señor Secretario de Gobierno y honorables funcionarios públicos.

Señor Obispo y venerable clero, ilustres miembros de las Academias de Historia, compañeros de armas:

Hemos venido todos: el ciudadano civil y su gobernante, el Sacerdote y su Obispo, el Soldado y su General. Todos hemos venido a este breve recinto de collados inmortales porque en su bosque heroico -que arraiga en Boyacá y su pueblo ama y cultiva- ha surgido un arbusto cuya cúpula de bronce es la efigie de un varón misionero que con la cruz en alto nos condujo hacia Dios y con la lanza en ristre hacia la libertad. Así como Mariño de nuestra propia casa llega hoy día, mañana irán llegando los mártires y los adalides de la emancipación americana a remansarse en este olimpo campesino y cristiano donde por siglos exaltarán sus glorias el salterio del viento y cantará sus hechos el murmurio del río...

La vida de este fraile militar es un

redoble de campanas llamando a la oración y es otro de tambores convocando al combate: la legión dominica se lo entregó al Ejército Libertador ardidado por la llama divina de Tolosa y ahora la República se lo devuelve tallado en el metal milenario que Dios hizo para que el hombre pueda rescatar a sus héroes del olvido.

Entre las nieblas que ocultan la cuna del Melquisedec americano y las que no nos dejan entrever su sepulcro, hay una caudalosa claridad de treinta años que inicia sus albores en la penumbra de la celda monástica, se propaga llevando la inmensidad de Casanare y en 1819 se queda suspensa en la bandera que las manos del Coronel MARIÑO plantan sobre la sede vacante de un virrey fugitivo.

Los padres graves del convento de Tunja saben que IGNACIO busca la disciplina, se le adelanta al gallo en los maitines, transita con donosura por los libros y al inclinarse sobre el oficio rudo muestra más erguida su vigorosa vocación. Por eso sus herma-

nos lo visten con la túnica de Reginaldo sobre la cual ceñirá luego —sobrepuestos— el rosario y el sable; lo cubren con la capa que desflecarán los huracanes gélidos de Pisba y le imponen el cerquillo humillante que cubrirán alternamente la capucha piadosa o el tricornio altanero. Doctor filosófico y teólogo de grado, había ya pronunciado en Santa Fe cariciosa y velada la palabra **revolución**, cuando el destino le entrega la llanura por cátedra.

Tal como preceden a la explosión volcánica los estremecimientos de la tierra, durante la primera década del siglo XIX las cálidas hornadas de un hálito revolucionario eran el presagio de nuestras lides victoriosas. Si la suerte de Quito fue anegarse en la sangre de sus protomártires, y la de Caracas abrir los horizontes de la historia a la diáspora de los patriotas iniciales, y la de Cartagena sofocar detrás de sus murallas los gritos insurgentes, y la de Cundinamarca erigir con su bravura el muro de los fusilamientos, y la de Antioquia poner el pecho joven como blanco de la barbarie represiva, Tunja y Casanare quedaban para vengar la afrenta, recoger las banderas agobiadas y retar al verdugo al singular combate de la libertad americana.

El fraile doctrinero Fray IGNACIO MARIÑO es uno de los arquitectos de esa hazaña. Diez años lapidando la mente de tribus de natural bravío para enderezarlas a la conciencia de la religión católica y de la patria libre, fueron en la prueba de la lucha el aglutinamiento del esfuerzo común, la pira de la fe, el camino del avance, la razón del ideal, el arma vivaz y vencedora. ¡Qué discípulos! ¡Qué maestro!

Bobadilla ha tomado el papel de sacrificador; José Yáñez quiere anticiparse a Morillo y se pone a cerrar

contra los Llanos sin saber que lo anonadarían la fiereza de Nonato Pérez, el turbión de Urdaneta, el acérrimo galopar de Juan Galea, la macana de Arredondo, la inteligencia de MARIÑO. 1812 es la cifra real sobre la que debe contarse el cuento maravilloso de los primeros triunfos. Cuando el Padre MARIÑO firma el acta de la independencia de Tunja, la pluma con que lo hace refrenda apenas los actos de su espada.

Encontrar a Bolívar y decidirse por él para andar tras de sus derrotas germinales; llegar a Santa Fe sobre las ruinas de la Patria ofuscada y endeble; sufrir el cisma profundo de su comunidad; presenciar la caída estrepitosa de la primera república; hallarse impotente y solitario, nada doma el espíritu de este apóstol que puesto al trote largo de su cabalgadura emprende contra Morillo a la cabeza de sus libres: Cuiloto es una muestra de su empuje, Chire y Pore meten pavor al enemigo y por los terromonteros del Upía —en golpe audaz y fortunoso— hiere brazo a brazo con Nonato el basamento de los Andes. La llanura granadina queda abierta a los patriotas para que vuelvan Bolívar y sus capitanes. Páez en el Apure es la otra ínsula que da cimiento a la epopeya.

La marcha “más sorprendente en la historia militar del mundo” ha comenzado: desde los esteros rebozantes, aves hieráticas miran pasar a los extraños campeones. Y van quedando atrás cañones y ríos y fangales, conucos y palmeras, a trueque de quedar adelante fríos y desnudeces, hambre y enfermedades, y el sopor del cansancio que da pábulo a la muerte. Soldados y bestias —iguales en el rictus macabro— se quedan con ojos abiertos y muecas burlonas como retratando y como riéndose de los pordioseros que trepan rocas en pos de un caballero alucinante.

MARIÑO, Capellán General del E-

jército, ha depuesto las armas con absoluta naturalidad y como nunca se apartó de su patriarca, es aquí quien ayuda, reanima, cuida, alivia, contiene y consuela. Cada vez que se inclina sobre el suelo barrido de los páramos para confortar a un moribundo, semeja un santo que tutela la patria; las oraciones supremas que musita van haciendo el milagro de sostener la fe en aquellos enloquecidos caminantes. Los cazadores de Anzoátegui hace años que van a la vanguardia y allí está con ellos el Padre agustino Miguel Díaz que siendo ayer activo solarengo de su Capellán en Jefe, lo acompaña hoy en su exaltación definitiva mientras nos muestra desde esta colina su propia sangre joven que irisa después de siglo y medio las inocentes espumas del Teatinos.

Pero el instante de las culminaciones, el que fue lumbre de la campaña, estrella de Roocke, impulso de Rondón, ardor de Plaza, coraje de Santander y de Salom, está consagrado en las felices palabras de la arenga: "General Bolívar: todavía necesitamos hacer esfuerzos verdaderamente heroicos; trabajaremos pero con esperanza, y moriremos muchos, sin duda, pero los que queden verán la libertad de la patria... atended, Señor, la voz de un patriota que no ambiciona títulos ni honores... el triunfo será mi única recompensa... yo volveré a mi claustro...". El Coronel Fray IGNACIO MARIÑO pudo en el Llano de San Miguel darle la mano a Lacordaire. Esplendían en sus palabras la libertad y la victoria, acogidas a los pliegues de su sayal acribillado.

Fray Miguel Garnica, Prior de Tunja, Fray Domingo Galvis, de Chiquinquirá, y aquellos Juan Antonio Buenaventura y Luis Felipe Herrera, y esos Casimiro Landínez y Cornelio Torres,

y toda la nómina del aula de predicadores en Santa Fe, Cartagena y Santa Marta, pusieron a entronizar la independencia tanto conato y decisión que hicieron de su orden otra "Orden de los Libertadores" ¡La gratitud de la Nación y el homenaje del Ejército queden expresos sobre sus tumbas y sus claustros!

La gesta ha concluído. El Pantano de Vargas y el Puente de Boyacá derrumban el trono fernandino y alistan las naves para el regreso de los Generales españoles. En la incipiente organización de la República MARIÑO acude a Sogamoso y al paso que oficia funerales solemnes por los patriotas alanceados en Gámeza y recoge cristianamente sus despojos, sigue enviando recursos y más recursos por dondequiera que Don Simón vaya espoleando los ijares de su caballo indetenible.

Quebrantado en 20 años por las actividades apostólicas y por el duro trajín de las guerrillas, el Reverendo Padre MARIÑO ejerce el curato de Guateque y acorre luego a Nemocón donde nimbado de serenidad y sencillez, magro como un penitente y tranquilo porque el triunfo de la República había sido su feliz recompensa, pone de lado las charreteras y el sable y abrazado a su Cruz de Calatrava nos deja por pesada herencia su ejemplo, su generosidad, su gloria, su bondad, su valor.

Insigne Coronel MARIÑO: todos hemos venido a este breve recinto de collados inmortales para decirnos nuestra alabanza justiciera y para contemplaros de nuevo a la cabeza de vuestros catecúmenos de Tame, de Macaguane y de Betoyes, mientras las Fuerzas Militares de Colombia os presentan sus armas y rinden a vuestro paso sus pendones de guerra.